

SALGUERO, MANUEL. *La benevolencia. Genealogía de una virtud política ilustrada*, EUG, Granada, 2011, pp. 197, ISBN: 978-84-338-5316-5.

Antonio Peña Freire
Universidad de Granada

Fecha de recepción 01/11/2011 | De publicación: 16/12/2011

Este estudio sobre la virtud de la benevolencia se abre con una expresiva apelación a la necesidad de abordar un reto análogo a aquel de la superación de minoría de edad de la humanidad con la que Kant asociaba a la Ilustración: la tarea hercúlea de nuestro tiempo, nos dice el autor, ahora se dirige contra la minoría de edad de la fraternidad y, en general, de todos aquellos valores cuyo escaso desarrollo estaría entre las causas éticas de problemas tan acuciantes como el de la pobreza. Manuel Salguero, en efecto, apuesta por una radicalización de la moral que apele lo más

profundo de la persona y a lo más originario de la especie humana y que desvele la dimensión cívica, humanitaria y cordial de la ética social (p. 9)¹. Esta apuesta se concreta en el análisis de la virtud de la benevolencia tal y como la concibieron diversos filósofos ilustrados, como Richard Cumberland, David Hume, Adam Smith, Jean Jacques Rousseau y otros.

¹ Estas palabras traen inmediatamente a la mente el proyecto de rehabilitación de la razón práctica en que está embarcada parte de la filosofía moral, política y jurídica de nuestra época. Valga como ejemplo el de Emmanuel Lévinas, quien considera que la ética, y no la ontología, es la genuina filosofía primera (Lévinas, E. [1982] *Ética e Infinito* La Balsa de la Medusa, Madrid, 1991, trad. J.M^a Ayuso Díez, p. 65). Lévinas es, como veremos, un excelente indicador de la enorme oportunidad y actualidad del tema al que se dedica el libro reseñado.

Efectivamente, el estudio se inicia con la figura de Richard Cumberland (1623-1718), un autor relevante, pero poco conocido en España. De él se nos dice (p. 15) –entre otros datos– que fue, junto con Grocio y Pufendorf, el fundador de la Escuela moderna del Derecho Natural y que escribió *De legibus naturae disquisitio philosophica* (1762), un hito en la filosofía moral moderna de cuya dimensión uno quizás toma conciencia cuando se considera *contra qué o quién* fue escrita, pues *De legibus* es una severa crítica a la tesis del interés egoísta de Hobbes. Efectivamente, en la obra se da cuenta de la benevolencia como la virtud de promover el bien común, algo muy distante de las consideraciones implícitas a fórmulas como la del *homo homini lupus* o *bellum omnium erga omnes* que tan magistralmente condensan la pesimista antropología filosófica hobbesiana.

La benevolencia es el elemento que dota a la teoría del Derecho Natural de Cumberland de originalidad respecto de otras doctrinas de la época (p. 34). Cumberland la toma en su sentido literal como “querer o desear el bien” y la presenta como una virtud que nos impulsa a promover el bien común y que tiene por recompensa la felicidad presente y futura. El impulso del ser humano a la benevolencia o a hacer el bien² además es uno de los mandatos que integran la ley natural misma (p. 22) y, dado que produce o genera buenas acciones, es también el axioma a partir del que Cumberland

² Tanto Cumberland como Salguero, en tanto que su comentarista, presuponen que tiene sentido hablar del deber de hacer el bien aun cuando no se espera retribución o beneficio alguno. Otros autores relevantes en el debate ético contemporáneo sostienen planteamientos similares. De nuevo Lévinas para quien somos responsables del otro sin esperar reciprocidad, aun cuando ello significara arriesgar nuestra vida, porque la reciprocidad es su problema (*Ética e Infinito cit.* p. 79.). En esta línea, también Zygmunt Bauman (*Ética posmoderna* [1995], Siglo XXI, 2005, trad. B. Ruiz de la Concha, p. 56) que en su alegato en favor de una moral no codificada ni racional señala que “el llamado moral es absolutamente personal, se deriva de mi responsabilidad, y la necesidad de hacer el bien así surgida no puede suscitarse ni paliarse por la conciencia de que los demás lo hagan por mí”; la reciprocidad efectivamente “es un atributo que la moralidad no posee” (*Ética posmoderna cit.* p. 51).

construye su ética (p. 35-36), pues la disposición a promover el bien es el requisito necesario para el mayor estado de felicidad de cada agente racional y, dada la correlatividad de lo individual y lo colectivo, el bien común es la suprema ley.

El rechazo de Cumberland a las tesis hobbesianas sirve para terminar de perfilar la concepción de la benevolencia. Efectivamente, para Cumberland hay cierta disposición natural basada en la racionalidad de los hombres que los mueve a cooperar, lo que es negación de una de las tesis centrales de Hobbes: la del estado natural de guerra (p. 27). Niega Cumberland que la ley de la naturaleza pueda ser reducida al propio interés o a la auto-preservación y que el propio interés sea el *único* impulso primario natural, insistiendo en existencia de una disposición a la bondad en la estructura de la naturaleza humana y en la primacía de la benevolencia como virtud que mueve a la

cooperación y al bien³ (p. 28-9). Afirmo, y así lo cuenta el autor, que la dimensión racional de la naturaleza humana incluye una propensión natural a la benevolencia, es decir, a la concordia de todos los seres racionales (p. 37).

No es Hobbes el único referente a tener en cuenta a la hora de captar el sentido de las tesis de Cumberland sobre la benevolencia y útil, por tanto, para comprender su significado en el seno del universo moral de la Ilustración. También encontramos referencias a Mandeville y a su tesis de que son las pasiones el auténtico motor de la conducta humana. El autor de la célebre fábula de las abejas sostuvo que por más que la mente esté dispuesta siempre a

³ Un concepto que, según Cumberland, tampoco podría ser entendido en clave exclusivamente subjetiva o individual, esto es, como aquello que un individuo prefiere en tanto que tiende a su preservación. De la idea de bien de Cumberland, se nos informa que es objetiva y que está basada en la sociabilidad natural (p.29). Estas consideraciones evocan aspectos del debate entre liberales y comunitarios y, particularmente, de las posiciones de los perfeccionistas aristotélicos a *la MacIntyre*, lo que nuevamente demostraría la actualidad del tema de la obra reseñada.

descubrir razones que justifiquen sus acciones, incluidas las generosas o benevolentes, cuando se escudriña a fondo se encuentra siempre el egoísmo. Mandeville continúa por la senda del análisis psicológico del egoísmo humano ya iniciada por Hobbes y con él comparte la tesis de que el amor propio es el resorte de nuestra conducta y de que la virtud es sólo egoísmo edulcorado (p. 52): no hay sociabilidad natural ni amor innato a los demás. De hecho las sociedades comerciales y prósperas no pueden ser virtuosas pues la prosperidad sólo se da allí donde los individuos actúan movidos por la avaricia, la codicia, el deseo de lujo y opulencia: expresivamente dice Mandeville que “no hubo ni habrá frugalidad nacional sin pobreza nacional” (p. 53).

Tras la presentación de las tesis mandevillianas, el libro aborda la influencia de Cumberland en los autores que, en la primera mitad del siglo XVIII en Gran Bretaña, reaccionaron frente a las tesis

hobbesianas reproducidas por Mandeville que habían logrado gran difusión en diversos países europeos (p. 67 y ss.). Autores como el conde de Shaftesbury se inspiran en Cumberland y en su apuesta por la sociabilidad y la benevolencia para criticar a Mandeville (pp. 67-72) y también lo hace Hutcheson (pp. 72-81) de quien se nos dice que fue profesor de Smith y de Hume, que influyó profundamente en Thomas Jefferson y que compartía con Cumberland y Pufendorf la creencia en la posibilidad de una ética de base científica y también la idea de que la benevolencia y las acciones sociales son los medios más idóneos para promover el bien natural de cada individuo.

El libro sigue con otros tres capítulos dedicados, cada uno de ellos, al estudio de tres autores ilustrados de primera línea que también se opusieron a Hobbes y a Mandeville y, en general, a los planteamientos filosóficos y éticos pesimistas que patrocinaban esos autores y que, por

tanto, formularon tesis próximas a las de Cumberland: David Hume, Adam Smith y Jean Jacques Rousseau.

Hume, en el marco de sus *Investigaciones sobre los principios de la moral*, considera a la benevolencia una virtud –junto con la sociabilidad, la humanidad, el agradecimiento, la generosidad, la amistad, etcétera– en razón del sentimiento favorable que suscita su observación y le otorga plausibilidad universal. Manuel Salguero nos recuerda que la benevolencia, según Hume, goza de aceptación al margen de la utilidad y que es la virtud que más felicidad provoca en quien la practica, del mismo modo que en el propio Cumberland era definida también al margen del beneficio que suponía para el que la practicaba y como fuente presente y futura de felicidad.

El capítulo dedicado a Smith comienza con una relevante advertencia: Manuel Salguero llama la atención sobre el contraste entre el

Smith de *La riqueza de las naciones* y el de la *Teoría de los sentimientos morales* (pp. 99-103). La comparación es pertinente pues Smith es conocido por diversos tópicos, más o menos referibles a la literalidad de *La riqueza de las naciones*, que lo presentan como un paladín del *laissez-faire*, del *homo oeconomicus* y de la ideología de la mano invisible, por no citar su conocido escepticismo respecto de la benevolencia del cervecero a la hora de obtener una buena pinta. Sin embargo, también existe el Smith de la *Teoría de los sentimientos morales* convencido de la complementariedad de la teoría económica y la filosofía moral, de donde resultaría que su pensamiento económico se entiende mejor como parte de un más ambicioso proyecto filosófico⁴. De

⁴ Según Nicholas Phillipson, biógrafo de Smith (*Adam Smith. An Enlightened Life*, Allen Lane, 2010), en sus últimos años de vida el filósofo escocés manifestó su preferencia por su primer libro, la *Teoría de los sentimientos morales*, respecto de *La riqueza de las naciones* y también que las tesis sobre la el mercado y el librecambismo no eran tanto expresión de una apuesta filosófico moral por el egoísmo o de una antropología filosófica pesimista, como una reacción a las políticas mercantilistas de la época (Fuente: http://traffic.libsyn.com/philosophybytes/Nicholas_Phillipson_on_Adam_Smith.mp3)

Smith nos dice Salguero que pone énfasis en las pasiones o sentimientos⁵ y no en la razón a la hora de conocer la naturaleza humana y, entre ellas, particularmente en la simpatía como el descentramiento⁶ de uno mismo, lo que supone ponerse uno en las

⁵ De nuevo hay que destacar la relación de esta idea con el pensamiento de Zygmunt Bauman quien aboga por repersonalizar la moral y hacer que salga de su rígida armadura de códigos éticos construidos artificialmente. Bauman añade “[s]olía considerarse que las pasiones humanas eran demasiado débiles e inestables, y la tarea de asegurar la convivencia demasiado seria para confiar su destino a la capacidad moral del ser humano. Ahora comprendemos que el destino no puede confiarse a nadie más; o, en otras palabras, que no es posible cuidar ese destino –esto es, todo el cuidado sería poco realista o, peor aún, contraproducente– a menos que nuestra forma de cuidarlo tome conciencia de la moralidad personal y de su terca presencia” (*Ética posmoderna* cit. p. 23). Bauman también ha criticado que la filosofía moral haya seguido la senda de Kant a la hora de renegar de los sentimientos y las emociones como factores de potencia moral y que haya confiado en las reglas de razón o en principios imparciales para construir el genuino código moral. Las morales deontológicas, al poner el acento en la elaboración de códigos y en el aprendizaje o disciplina de los sujetos en el código moral, habrían privado a las personas del derecho a tener un juicio moral autónomo propio, denostado la conciencia moral personal y abierto la puerta a la manipulación y el adoctrinamiento (*Ética posmoderna* cit. p. 65-66).

⁶ Otra vez un sorprendente paralelismo de esta tesis con las de algunos filósofos morales actuales: en este caso el descentramiento de Smith recuerda a la apuesta de Lévinas por romper con el esquema sujeto-objeto sobre el que se habría construido la metafísica de la filosofía occidental, y por construir un nuevo esquema, yo-otro, en el que hay un descentramiento del yo y de la conciencia en cuanto que yo me debo al otro y es el otro quien constituye mi yo (*Ética e infinito*, cit. pp. 51 y ss.).

circunstancias del otro y sentirnos o vernos afectados por lo que siente la persona que sufre. Esta simpatía no sólo demostraría la falsedad de la psicología y las tesis sobre la naturaleza del hombre de Hobbes sino que además generaría un vínculo social y serviría como base para la formulación de juicios morales. A partir de ahí, pronunciamientos de Smith como el de que “por más egoísta que se pueda suponer al hombre, existen evidentemente en su naturaleza algunos principios que le hacen interesarse por los otros” o que la perfección de la naturaleza humana consiste en “sentir mucho por los demás y poco por nosotros mismos” (p. 105) adquieren una dimensión relevante en el contexto de la obra.

El último de los autores clásicos ilustrados analizados es un representante de la Ilustración francesa, J. J. Rousseau (pp. 125-137). El estudio, en este caso, se centra en sus consideraciones sobre la piedad o compasión y sobre el egoísmo humano. La

compasión es la disposición universal y previa a toda reflexión expresiva de nuestra repugnancia a ver sufrir a otros semejantes; la compasión es también el contrapeso a la tendencia al egoísmo característica del ser humano en la sociedad civil y es fuente de otras virtudes, como la benevolencia o disposición a hacer el bien. La benevolencia expresa el lado activo de la compasión, pues no sólo significa nuestra repugnancia o resignación ante el mal del sufrimiento ajeno sino nuestra disposición a disponer los medios precisos para evitarlo o aliviarlo

Un capítulo llamativo es el dedicado a la legislación social inglesa que estaría, a juicio del autor, inspirada por las concepciones anteriores sobre la benevolencia. Muestra además cómo la benevolencia, además de ser el deber de proveer el bien común y de buscar la concordia, alcanza la consideración de responsabilidad pública, lo que sirve para ilustrar el camino que va desde la idea de benevolencia a la de justicia social (p. 147).

Resulta además un buen contrapunto al tono teórico del libro.

Por último, el libro se cierra con la formulación de doce tesis que pretenden delimitar conceptualmente de un modo preciso qué es la benevolencia, en especial, en relación a nociones próximas, como la amistad, la fraternidad, la filantropía, la caridad y la beneficencia y otras quizás más familiares en el contexto del discurso ético-político actual, como la solidaridad o el altruismo (pp. 173-181). Mediante esa delimitación se marcan además las coordenadas que permiten considerar definitivamente a la benevolencia una virtud política y social basada en la cooperación y el compromiso, compañera de la justicia, y que impulsa a que lo justo se haga presente y a que se proyecte al futuro en la forma de nuevos objetivos a lograr. La benevolencia, se propone así, sale de su ámbito estrictamente personal para incorporarse al

ethos democrático y al proceso de socialización.

En suma, nos encontramos ante un estudio al modo clásico sobre un tema clásico. Son clásicos y elegantes el estilo y ritmo del libro, el tono con que se desarrolla el análisis y el rigor y la profundidad del tratamiento. El tema es, en efecto, un asunto clásico pero radicalmente actual. Va referido a tesis intemporales de autores que desde el pasado definen constantemente la actualidad de nuestro pensamiento presente. Pensar que nos hallamos ante un *tema del pasado* o que *no tiene aplicabilidad en el presente* desdeña –injustamente– a nuestros clásicos, es una manera de menospreciar lo que somos y que parece presuponer cierta concepción progresista o acumulativa –y desacreditada– de la historia de la filosofía moral, según la cual los temas viejos se superan, se cierran y no son ya más del

interés de nadie. No voy a pronunciarme sobre si no sería más apropiado pensar en una suerte de eterno retorno de los problemas éticos que hace que los mismos problemas se planteen una y otra vez. Las referencias que he intercalado a mis comentarios sobre el contenido del libro muestran, sin embargo, cierta apuesta por esta última tesis y sobre todo por mostrar que un libro, y en particular el de Manuel Salguero, puede versar sobre algo pasado o viejo y ser a la vez completamente actual y útil.

